



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA DE SALAMANCA

SE226068

SUPLEMENTO
Vida Nueva

2026



DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN
RITANNA ARMENI

GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI

SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO

MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI(COORDINADORA)

EN REDACCIÓN
SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.ossessoratoromano.va

EDITORIAL

Con ojos de mujer

En cada rincón del mundo, donde la guerra divide y el hambre azota, donde la vida pesa más que el futuro, las mujeres siguen manteniendo lo poco que les queda y pertrechando una vida mejor. Lo hacen en silencio, con manos sanadoras y miradas que buscan la paz. Y son siempre las primeras en perderlo todo, desde el hogar o trabajo hasta la dignidad y el propio cuerpo. Heridas dos veces, como seres humanos y como mujeres, cargan sobre sus hombros un dolor que tiene muchos nombres, pero una sola raíz: la vulnerabilidad femenina. En la exhortación apostólica *Dilexi te*, León XIV escribe que “doblemente pobres son las mujeres que sufren situaciones de exclusión, maltrato y violencia, porque a menudo se encuentran con menos oportunidades para defender sus derechos”. Es un pensamiento que trasciende el tiempo y los límites geográficos porque la pobreza, cuando afecta a una mujer, se vuelve más dura, más silenciosa y más difícil de superar. Las mujeres no piden privilegios, sino justicia. Quieren que la pobreza no sea una maldición hereditaria, que el hambre no sea un destino y que la paz no sea una palabra frágil. Quieren una libertad concreta que se traduzca en vivir sin miedo, hablar sin ser silenciadas, elegir sin castigo, decir no sin tener que justificarse y decir sí sin sentirse juzgadas. Quieren paz. En un mundo que parece hundirse cada día más en la guerra, las mujeres son capaces de encontrar la fuerza para empezar de nuevo. Su esperanza no es ingenua, es un acto tanto político como espiritual. Por eso, desean que la maternidad sea una posibilidad, no una obligación, una expectativa, y que el cuidado –el que sostiene a las familias y a los pueblos– se reconozca como una fuerza, no como una debilidad. Las mujeres exigen igualdad. Pero no solo en cifras o porcentajes. Quieren una igualdad que valore el trabajo invisible, la dedicación y la resistencia diaria. En una época que parece estar perdiendo su humanidad, siguen siendo la parte más estable del mundo, por virtud y por necesidad. Y de ellas puede nacer una nueva esperanza, que no promete milagros porque surge de lo concreto de la vida, invita a la responsabilidad y no divide, sino que repara.

¿Qué anhelan entonces las mujeres para 2026 y los años venideros? Que la justicia vuelva a tener rostro, que la paz vuelva a habitar la tierra y que la dignidad de cada vida ya no tenga que defenderse en solitario. Quieren tiempo para vivir, trabajar, elegir y respirar. Un tiempo humano y de libertad compartida. Quizás, en el fondo, solo desean esto: que la humanidad por fin aprenda a mirar el mundo con ojos de mujer.

No es caridad, es justicia

Las mujeres y las desigualdades plantean una relectura de ‘Dilexi te’

LUCIA CAPUZZI

El sol ya se ha puesto en Betania cuando una sombra se acerca a la puerta de Simón el leproso. La mujer irrumpió en la sala donde se celebra la cena en los días previos a la Pascua judía. Se acercó con paso decidido a uno de los invitados con un frasco de alabastro en la mano. Lo abre y vierte el precioso perfume que contiene sobre la cabeza del hombre, provocando las críticas de los presentes. Sin embargo, quien recibe el inesperado regalo la defiende: “Ha hecho conmigo una obra buena”. Por esta razón, “en cualquier parte del mundo donde se proclame este Evangelio se hablará también de lo que esta ha hecho, para memoria suya”, promete **Jesús de Nazaret** (Mateo 26,6-13). Con este gesto de profética solicitud femenina, el Papa **León XIV** decide comenzar *Dilexi te*, una exhortación apostólica sobre el amor a los pobres. La primera de su pontificado. Porque el acto de generosidad total e inesperada de esa mujer sin nombre ni palabras es capaz de explicar, con enorme elocuencia, por qué el amor a Dios y el amor a los pobres están unidos. En quienes carecen de poder o grandeza –escribe el Pontífice–, Dios aún tiene algo que decirnos.

La categoría es extremadamente amplia y variada. “Existen muchas formas de pobreza: aquella de los que no tienen medios de sustento material, la pobreza del que está marginado socialmente y no tiene instrumentos para dar voz a su dignidad y a sus capacidades, la pobreza moral y espiritual, la pobreza cultural, la del que se encuentra en una condición de debilidad o fragilidad personal o social, la pobreza del que no tiene derechos, ni espacio, ni libertad”, dice la exhortación.

Todas esas formas de pobreza han alcanzado al mundo femenino. La discriminación basada en el grupo social, la posición económica, la etnia y las creencias religiosas se ha visto agravada por la exclusión específica de las mujeres, debido a su pertenencia a un género considerado inferior, secundario o accesorio. Estos prejuicios prácticamente han desaparecido, a menudo codificados en leyes de muchas partes

del mundo o justificados como tradición. Aunque se observan cambios significativos en algunos países, “la organización de las sociedades en todo el mundo todavía está lejos de reflejar con claridad que las mujeres tienen exactamente la misma dignidad e idénticos derechos que los varones. Se afirma algo con las palabras, pero las decisiones y la realidad gritan otro mensaje”.

Usando el lenguaje de *Dilexi te*, ¿qué dice Dios al mundo a través de las mujeres marginadas, violadas en cuerpo y espíritu, desgarradas cruelmente por guerras y los desastres naturales? ¿Cómo desafía la exclusión de las mujeres a la humanidad y a las comunidades cristianas del siglo XXI? Si los pobres son “nuestros”, como dice **Robert Prevost**, ¿puede la Iglesia mirar hacia otro lado ante la injusticia que aflige a “los nuestros”? Obviamente no. Las mujeres no solo experimentan la discriminación. Habitando los márgenes –no por elección, sino por obligación–, han tenido que transformarlos en espacios de libertad desarrollando la creatividad, la imaginación, la paciencia y la resistencia. Se han visto obligadas a inventar otros lenguajes para no renunciar a la posibilidad de expresarse.

Acciones improvisadas

Y han implementado comportamientos improvisados para sortear los límites que no pudieron superar. Acciones como la cometida por la mujer desconocida en la casa de **Simón** el leproso. Este no es un simple gesto para justificar y confirmar el *statu quo*. La pobreza y la opresión –de cualquier tipo– no existen por casualidad ni por un destino ciego y amargo, sino debido a las estructuras de pecado. El estadounidense Prevost no se limita a tomar prestada esta categoría de la Iglesia latinoamericana. Reconociéndose hijo de esta última –“yo mismo, misionero durante largos años en Perú, debo mucho a este camino de discernimiento eclesial, que el Papa **Francisco** ha sabido unir sabiamente al de otras Iglesias particulares, especialmente las del Sur global”–, el Papa de las dos Américas reinterpreta y enriquece el camino de los episcopados del Nuevo Continente tras el Concilio, que su predecesor

argentino trajo al corazón del catolicismo. Lo hace con la conciencia de ser parte de ese proceso, pero también de haberlo abordado desde una perspectiva diferente, la de su vecino del Norte. Este es uno de sus aspectos más interesantes, en el que la opción preferencial por los pobres implica el reconocimiento de su “inteligencia específica, indispensable para la Iglesia y la humanidad”, ya que “a realidad se ve mejor desde los márgenes”. Por eso, los últimos de la fila se convierten en el motor de una historia que transcurre dentro del tejido de la historia oficial, compuesta por poderes y poderosos, y la regenera. Una historia donde lo femenino, síntesis de distintos “últimos”, ocupa un lugar privilegiado. *Dilexi te* se centra en algunas protagonistas. Como las consagradas que improvisaron,



no pocas veces con sus propias manos, centros de salud para atender a enfermos rechazados por todos, como las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, las Hermanas Hospitalarias, las Hermanitas de la Divina Providencia y las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús. O las congregaciones femeninas protagonistas de la revolución educativa del siglo XIX, como las Ursulinas, las Monjas de la Compañía de María Nuestra Señora y las Pías Maestras. **Clara de Asís**, cuya vida de oración fue un grito contra la mundanidad y una defensa silenciosa de los olvidados. **Francisca Javiera Cabrini**, dispuesta a cruzar el Atlántico varias veces para acompañar a los migrantes. **Katherine Drexel**, capaz de estar al lado de las minorías olvidadas de Norteamérica, y la Hermana **Emmanuelle**, que acompañó a los recolectores de basura del barrio de Ezbet El Nakhl en El Cairo. Y la brasileña **Dulce** que a partir de un gallinero creó uno de los proyectos sociales más importantes del país. Y, por supuesto, la Madre **Teresa de Calcuta**, ícono universal de la caridad vivida hasta el extremo.

El Papa no se refiere a estas pioneras como imágenes para estampitas. Su poder transformador trasciende su preciosa experiencia individual. Por eso, incluye a los movimientos populares en esta labor de crear oasis de humanidad en el desierto de la deshumanización en diferentes lugares y épocas. Grupos de pobres que se niegan a rendirse, con quienes el Papa Francisco ha buscado dialogar en su pontificado.

Poetas sociales

Los “poetas sociales”, una definición de **Jorge Mario Bergoglio** que repite Prevost, no sueñan con el cambio, sino que lo inventan con la perseverancia de sus manos callosas. Juntos, partiendo de los escasos recursos que les deja una economía en la que no tienen cabida. Organizaciones de vendedores ambulantes, limpiabotas, recicladores, obreros y empleadas domésticas, un ejército de dos mil millones de personas según la Organización Internacional para las Migraciones del que las mujeres son su columna vertebral.

“Han existido, y existen, varios movimientos populares, integrados por laicos

y guiados por líderes populares, muchas veces bajo sospecha o incluso perseguidos”, escribe el Pontífice. “Los movimientos populares, efectivamente, nos invitan a superar ‘esa idea de las políticas sociales concebidas como una política hacia los pobres, pero nunca con los pobres, nunca de los pobres y mucho menos inserta en un proyecto que reunifique a los pueblos’.

Entre los siglos XIX y XX, “los movimientos de trabajadores, de mujeres y de jóvenes, así como la lucha contra la discriminación racial, han dado lugar a una nueva conciencia de la dignidad de los marginados”, contribuyendo al desarrollo de la Doctrina Social de la Iglesia, cuyas raíces populares no pueden olvidarse. Esta afirmación reconoce el papel fundamental de quienes han recibido el bautismo en la reinterpretación de la herencia cristiana en las circunstancias sociales, laborales, económicas y culturales modernas. También construye una comunidad eclesial abierta e inclusiva, sin enemigos que combatir, sino con hombres y mujeres a quienes apoyar y valorar, a quienes el mundo contemporáneo necesita más que nunca.



Los umbrales de la supervivencia

En el centro de Roma cohabitan los comedores para pobres con palacios y calles lujosas

VITTORIA PRISCIANDARO

Ella camina a paso ligero, pasando la fila de afganos, pakistánies, kurdos, sirios... y llega a una pequeña puerta verde. "La primera vez que vine aquí, había al menos 300 hombres afuera. Me dejaron pasar. Me sorprendió, y luego me explicaron que aquí las mujeres no hacen fila. A partir de ahí, supe que estaba a salvo". Estamos en una calle en el centro de Roma. Esta mujer de cabello largo y ondulado, mirada decidida y sonrisa cálida se llama **Pauline**. Es camerunesa y tiene 46 años. Ha tenido y tiene, una vida de penurias. Su esperanza para 2026 es "encontrar un trabajo estable, no ilegal, y un contrato". La pequeña puerta verde por la que entra es conocida por los romanos menos afortunados y por aquellos que vienen de lejos y no tienen adónde ir. En el lugar donde **Ignacio de Loyola**, fundador de la Compañía de Jesús, vivió en el siglo XVI, su sucesor, **Pedro Arrupe**, decidió crear un centro de acogida para refugiados que huían de Etiopía. A esa guerra se han sumado otras, en su mayoría invisibles. Los jesuitas acogen a todos. El comedor social proporciona comidas a más de 300 personas cada día.

Pauline saluda al personal y explica que, en lugar de llevarse una bolsa con

una comida completa, prefiere sentarse a comer con otras personas. "En muy poco tiempo, el comedor social se ha convertido en mi hogar. Vengo aquí para cualquier problema, para cualquier información que necesite. Algunos días, simplemente paso por y entro a saludar. Mi primer hogar en Italia es este lugar. Mis amigos, mi médico y mi abogado están aquí. Vivo sola y las dificultades son enormes. Pero he aprendido que un hogar no solo está hecho de paredes; está hecho de personas que te dan la mano, te sonríen y te reconocen".

Ciudad de contrastes

Si bien el plato de pasta y el de pollo con patatas es sin duda un primer auxilio, es evidente que la necesidad es más profunda. Porque, como afirma el último informe de Cáritas Italia, la pobreza no se reduce solo a la falta de ingresos, sino que es cada vez más compleja y acuciada por distintos tipos de privación. Tanto para extranjeros como para italianos.

Este último estudio destaca que Roma es "una ciudad de contrastes". Por un lado, crece, se mueve con mayor dinamismo y parece estar acelerándose económicamente; pero, por otro, sigue dividida entre quienes se benefician de ello (el Centro Astalli se encuentra a pocos cientos de metros de las calles de lujo) y quienes se quedan al

margen, con brechas que amenazan con socavar la estabilidad de la comunidad. Es una especie de "ciudad de cristal" que resplandece a los ojos del mundo gracias a los grandes acontecimientos y a las numerosas transformaciones urbanas, pero al tiempo está marcada por la pobreza y profundos desequilibrios que siguen lastrando la vida cotidiana de miles de personas. Según Cáritas, en 2024, a pesar de una renta per cápita media superior a la media nacional, el 15,8% de los residentes se encuentra en riesgo de pobreza; el 6,9% vive en condiciones precarias; y el 3,2% sufre privaciones materiales y sociales. El porcentaje de trabajadores pobres está creciendo y se sitúa en el 8,5%, señal de que un empleo ya no es suficiente para garantizar la estabilidad económica.

Y la pobreza cada vez tiene más rostro femenino. Las mujeres constituyen la mayoría (51,5%) de quienes buscan servicios y centros de asesoramiento. En este contexto, la condición de las mujeres inmigrantes sigue siendo estructuralmente más frágil y en riesgo de pobreza persistente debido a las barreras lingüísticas, las dificultades para encontrar empleo y la discriminación salarial. El trabajo en red es la hoja de ruta de quienes trabajan en el sector social. Esto se refleja en la propia geografía de los servicios, que se han multiplicado

con los años, también en Astalli. El largo pasillo de la cafetería, pasando la cocina, conduce a las salas utilizadas como clínica. Es un servicio de acceso inmediato, conectado a SaMiFo (Salud para Migrantes Forzados), un centro médico especializado establecido en colaboración con el sistema sanitario local. Las historias y los cuerpos de tantas extranjeras hablan del horror de la violencia que tantas mujeres sufren en todas partes.

Violencia

Como las cicatrices en el cráneo de **Lucienne**, una mujer de 47 años de Costa de Marfil, que lleva un par de años en Italia. “Tiene problemas de audición. Su marido solía golpearla en los oídos con tanta fuerza que su hijo menor, que aún estaba desarrollando el habla, no podía hablar”, cuenta **Giorgia Rocca**, coordinadora del servicio de mediación lingüística y cultural. A la mujer le costó mucho contarla, pero al final se ganaron su confianza. “En un encuentro, nos centramos en los mitos de **Rea Silvia**, madre de **Rómulo** y **Remo**, fundadores de Roma. Fue asesinada por orden de su tío, quien usurpó el trono de su padre y de **Dafne**, la ninfa que rechazó el amor de **Apolo** y, para salvarse huyó y pidió a los dioses que la transformaran en una planta. La intención era que comprendiera que la violencia no solo afecta a sus países y a sus familias, sino que es algo que nos ha afectado a todos durante mucho tiempo”. Las mujeres reaccionaron de inmediato. “Dafne fue valiente porque dijo que no. Pero también lo somos nosotras, que huimos para protegernos”. Se miraron, reconociéndose. “Porque la razón por la que las mujeres abandonan sus hogares y sus países suele ser la violencia familiar”, dice Rocca. Lucienne interviene. “También es violencia no permitir que las mujeres estudien, porque cuando no conoces, solo puedes hacer lo que te dicen. Es importante que vayamos a la escuela, porque una mujer formada no es una sumisa”. Aprendió de primera mano lo que significa ser privada de derechos. “No tuve el apoyo ni de mi familia. Habría acabado matando a mi marido y en la cárcel”. Confío a sus tres hijos a una amiga y huyó. Nadie sabe que vive en Roma. Está estudiando italiano, haciendo prácticas para encontrar trabajo e intentando ganar lo suficiente para enviar a sus hijos a la escuela. ¿Su esperanza para 2026? “Reunirse con sus hijos y poder vivir en paz con ellos en algún lugar”.

Las mujeres también acuden al centro médico, derivadas por otros servicios,

para evaluar el alcance de la violencia. La puerta de hierro, junto a la cafetería, en la primera planta, alberga la escuela de italiano y el centro de orientación. **Hope**, una nigeriana que huyó a Italia hace unos años, acudió por primera vez con su marido y sus tres hijos. “Pedían ayuda económica para los gastos escolares de sus hijos”, explica **Cristiana Bufacchi**, quien trabaja en orientación y apoyo social. Para Hope, ese encuentro representó mucho. Días después regresó sola, sin cita previa. “Nos ha pedido ayuda porque su marido es violento, la encerraba en casa, le impedía trabajar, salir y vivir”. Un proyecto diseñado para mujeres le ha proporcionado apoyo y un camino hacia la protección y la independencia. No siempre es fácil. “Una mujer sin la residencia no puede acceder a los centros contra la violencia. Es un círculo vicioso”. Pero la dificultad de acceder a los servicios, asegura Bufacchi, se debe a la brecha digital y a la falta de dispositivos adecuados, lo que hace imposible para muchos usuarios llenar formularios imprescindibles para los servicios iniciales o solicitar documentos básicos.

Incluso quienes consiguen el ansiado trabajo acaban pasando por la clínica. “Trabajan muy duro, a menudo limpiando hoteles, 12 o 13 habitaciones en un turno, trabajando 6 o 7 horas. Después de unos años, les duele la espalda, lo que supone un doble problema porque no pueden trabajar ni recibir tratamiento, ya que la fisioterapia suele ser cara”. La cuestión es que, incluso si consiguen recuperar-

se, vuelven al trabajo en cuanto pueden. “Aunque creemos que tienen vidas ‘normales’ –una casa, hijos, marido, estudios, trabajo– siguen estando siempre al límite”. Las acróbatas por excelencia son las madres solteras. Basta con subir un tramo de escaleras desde la escuela de italiano y cruzar el umbral del centro Matteo Ricci. En la entrada están los dibujos de los niños, hijos y “compañeros de clase” de madres que a menudo son analfabetas.

Como **Joy** y **Fátima** que, sentadas en una mesa con una voluntaria, sacan colores de un estuche e intentan formar palabras, verbos y frases cortas con las letras del alfabeto. “No saber hablar es una gran pobreza. Muchas no han estudiado y siempre han dejado la palabra al hombre. Intentamos explicarles que aprender un idioma y tener un proyecto puede marcar la diferencia”, dice **Cecilia De Chiara**, coordinadora de la escuela de italiano. El centro de acogida Matteo Ricci es como una bocanada de aire fresco, un espacio y un tiempo para respirar. Llegan con la mayor de las necesidades y encuentran un techo, comida y la posibilidad de comenzar un proyecto.

Familias monoparentales

“No podemos cubrir todas las necesidades”, lamenta **Ilaria Frascà**, coordinadora de Matteo Ricci. Las mujeres sin hogar en Roma, según Cáritas, representan el 16,6% del total de personas en situación de calle. “Si bien hace 15 años nuestra ayuda lograba sacar a los usuarios de la emergencia, hoy nos cuesta porque hay menos financiación y menos proyectos. Y algunas que parecían haberlo superado han regresado pidiendo ayuda”, añade Frascà. Es la historia de **Veronica**, de 36 años, de Azerbaiyán. Huyó de una familia y de un marido maltratador. “Trabajadora incansable, se recuperó con la ayuda de un psicólogo y logró la reunificación familiar con sus tres hijos. Incluso encontró una vivienda social. A medida que los niños crecieron, ya no pudo seguir con todo: trabajo, niños enfermos, constantes emergencias... acabaron por despedirla y la unidad familiar se desintegró y se encontró de nuevo en el punto de partida”. La vulnerabilidad es especialmente grave en el caso de las familias monoparentales refugiadas, por la falta de una red de apoyo familiar y de amigos. “Esta no es una sociedad que apoye a las madres, muchas de ellas, mujeres solteras con hijos, extranjeras o italianas. Siempre están en el umbral de la pobreza. Así que basta con que caiga un pilar para que todo se derrumbe”, concluye Frascà.



En 2024, 673 millones de personas padecieron hambre. Más mujeres que hombres, como cada año, como siempre. Palestina, Sudán, Sudán del Sur, Haití, la República Democrática del Congo, Siria, Afganistán y Myanmar se encuentran entre los puntos críticos y seguirán siéndolo en 2026 según los pronósticos. Los datos de las agencias de alimentación y agricultura de las Naciones Unidas, en el informe SOFI 2025 (El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo), así como en *Hunger Hotspots*, una publicación que analiza las tendencias futuras, no deja lugar a dudas. El hambre y la inseguridad alimentaria son predominantemente femeninos, en todas las latitudes, desde África hasta el sur de Asia, con una brecha de género superior al 10%, en detrimento de las mujeres. En emergencias humanitarias, guerras o desastres naturales, esta brecha se amplía aún más.

El hambre no es una divinidad maligna y ciega. Crece en países en la periferia de "los imperios", en tierras de antiguo dominio colonial y reciente *land grabbing*, un eufemismo para el robo de tierras por parte de estados poderosos y multinacionales. Pero afecta especialmente a quienes tienen menos poder, en todos los niveles de la escala social: mujeres y niños, especialmente niñas. Sin embargo, paradójicamente, las mujeres son responsables de gran parte de la producción agrícola en los países de bajos ingresos. Desafortunadamente, rara vez

El hambre no es neutral

Las mujeres de Gaza y África central sufren esta pandemia



Una mujer en Kenia con su hija tratada por desnutrición aguda

son propietarias de la tierra que cultivan o tienen acceso a crédito, herramientas o formación. Producen alimentos, pero no pueden decidir cómo usarlos ni venderlos. Trabajan en el campo, pero muchas veces ni comen lo suficiente. Tienen hijos que heredan la desnutrición desde el nacimiento. Poderosos factores culturales y la violencia de género agravan y amplifican la

miseria de los grandes barrios marginales y las aldeas desoladas.

Pero si el hambre no es neutral y golpea con más fuerza donde hay menos derechos, menos poder y ninguna voz, las políticas de asistencia alimentaria intentan, no siempre con éxito, reequilibrar esta desigualdad también con acciones específicas que requieren gran flexibilidad y la

Guila Clara Kessous: paridad en las negociaciones de paz

ROMILDA FERRAUTO

Excluir a las mujeres de las negociaciones es condenar la paz a un estancamiento. Está convencida de ello **Guila Clara Kessous**, coach profesional y Artista por la Paz de la UNESCO. Pretende presentar una resolución al Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas en Ginebra que exija un mínimo del 30% de mujeres en todas las delegaciones negociadoras, para lograr la paridad.

Usted es una mujer con un sueño.

Todos debemos hacer del mundo un lugar mejor. En la mesa de negociaciones, las mujeres

pensarán primero en salvar vidas, los hombres en ganar una guerra. **¿Por qué incluir una cuota femenina en las negociaciones de paz?**

Algunos estudios muestran que cuando las mujeres tienen voz en las negociaciones comerciales o diplomáticas, los acuerdos tienen un 35% más de probabilidades de perdurar. Desde 1992, solo el 13% de los negociadores y el 6% de los firmantes de acuerdos de paz han sido mujeres. Representan casi el 80% de las personas desplazadas por conflictos.

En varios países, las leyes ya imponen cuotas para garantizar una

representación equilibrada en los órganos de decisión. ¿Es suficiente?

Las mujeres no siempre tienen la oportunidad ni las habilidades para revertir la tendencia, ni en la política ni en los negocios. Necesitan formación para convertirse en expertas negociadoras; también necesitan aprender a plantar cara, por ejemplo, a quienes las interrumpen sistemáticamente. Existen técnicas. **Este enfoque ¿es problemático?**

Es problemático que un género monopolice el destino de la humanidad en cuanto a la guerra y la paz. No es simplista decir que la diplomacia femenina

existe, es un hecho. Si una mujer se da cuenta de que su esposo, hijo o hermano corren el riesgo de tener que luchar, lo pensará dos veces antes de apoyar una guerra. Hay algo inherente en el ADN de las mujeres relacionado con la templanza.

En 2023, fundó los Acuerdos Sarah y Hajar, que reúnen a diplomáticas de Baréin, Emiratos, Israel... ¿Con qué objetivo?

La idea era crear una especie de centro que reflexionara sobre el papel de la mujer en Oriente Medio y permitiera a las mujeres plantear preguntas que trascenderían el ámbito de la defensa



capacidad de interpretar e intervenir en contextos políticos, sociales y geográficos complejos y en constante cambio. Muchas, incluidas ONG y agencias de la ONU, han presenciado en los últimos meses cómo multitudes hambrientas se agolpan en los centros de distribución de ayuda alimentaria gestionados por la Gaza Humanitarian Foundation, una organización patrocinada

por Israel y Estados Unidos. Al observar las imágenes de la multitud desesperada (según los últimos datos de la ONU, el 100% de los gazatíes padecen hambre), se pueden distinguir los cuerpos de mujeres y jóvenes. Sin embargo, se ven más hombres y adolescentes, casi niños. La multitud aplastada y asustada no tiene en cuenta el cuerpo de quien intenta ganar la lotería de no pasar hambre. También fuera de Gaza, la entrega de alimentos y la prestación de asistencia alimentaria requieren una gran experiencia y una acción específica. Un ejemplo de ello son las estrategias implementadas a lo largo de los años por el Programa Mundial de Alimentos, la agencia de asistencia alimentaria de las Naciones Unidas que mejor conozco.

Riesgo diario

Imaginemos que estamos en un país africano, donde las aldeas están muy separadas. Las mujeres deben recorrer largas distancias para llegar a los centros de distribución de alimentos y realizar el arduo viaje de regreso, cargando valiosos y pesados sacos de harina o arroz. Entre las medidas adoptadas, por ejemplo, ya no se usan los sacos de 50 kg originales, sino bolsas más pequeñas y ligeras. Los horarios de distribución y la identificación del punto de distribución de alimentos se establecen según criterios como el que las mujeres deben poder recorrer el camino durante el día y regresar antes del atardecer. Esto se hace para reducir el riesgo de violencia en el camino, que siempre es posible durante los viajes largos. Las mujeres (y

las niñas) se enfrentan al mismo riesgo a diario, recorriendo kilómetros en busca de leña para cocinar. Por lo tanto, una pequeña pero importante intervención ha sido la de proporcionar a las familias y centros comunitarios de las aldeas estufas de bajo impacto que consumen menos leña y producen menos emisiones de CO₂. O entregar alimentos "sensibles al género", es decir, ricos en micronutrientes para las mujeres embarazadas o lactantes, las más desnutridas y anémicas del continente africano, que también tiene la tasa de natalidad más alta del mundo.

Esto (y mucho más) es lo que significa la asistencia alimentaria y en muchos lugares ya no se limita a la entrega física de suministros. Donde hay comida disponible pero la gente no tiene dinero para comprarla, esa ayuda también se proporciona en forma de efectivo cargado en tarjetas para usar en tiendas específicas. Estas tarjetas siempre, o casi siempre, están registradas a nombre de las mujeres en buena parte para evitar que los hombres intercambien esos preciosos ahorros por alcohol o tabaco. Pero ¿qué sucede en contextos donde existe la poligamia y un hombre tiene varias esposas? Sencillo: el hombre registra su nombre con una sola esposa para evitar la duplicación fraudulenta. Esta medida también representa una pequeña revolución cultural, una inversión de roles en el arduo camino del empoderamiento femenino que, como describió con fuerza la novelista nigeriana **Buchi Emecheta**, debe enfrentar la perversa interrelación del patriarcado y la pobreza.

de sus derechos. El 7 de octubre frenó esta iniciativa.

¿Qué obstáculos encuentra?

Extremismos políticos, miedo, radicalización... Luego está la defensa del sistema existente y, finalmente, los estereotipos: ¿quién cocinará en casa?

Sigue siendo necesario defender los derechos de las mujeres.

Sí. Hay régimenes que no dudan en amordazar a las mujeres, ahorcar a quienes reclaman sus derechos y aprobar leyes que les impiden hablar en público e incluso hablar entre ellas. Las mujeres no son una minoría que deba protegerse. Son una mayoría silenciada.

¿No funcionan los instrumentos jurídicos?

Porque las mujeres tienen miedo, se sienten intimidadas y presionadas. Y entonces, entre el poder y la sociedad civil, las mujeres eligen la sociedad civil. **Está a favor de la diplomacia femenina, pero no en contra de los hombres.**

La competencia significa rivalidad, negociación desequilibrada. Hombres y mujeres deben trabajar juntos para defender los derechos de las mujeres, que son derechos humanos. No se trata de la supremacía de un género sobre el otro, sino de restablecer el equilibrio.



¿Podrían las mujeres realmente hacerlo mejor que los hombres?

Claro que no todas las mujeres son perfectas. Pero tienen derecho a ser representadas. Aunque solo sea por todo el sufrimiento que algunas de ellas se ven obligadas a soportar.

¿Cuáles son sus esperanzas para el 2026?

Primero, menos guerras. Luego, que las mujeres, dondequiera que estén, tengan derecho a sonreír, cantar, bailar y tener una relación normal con su cuerpo y con la sociedad.

“Confío en el futuro de los más jóvenes”

Paola Cortellesi, ¿dónde está la esperanza de que el futuro podrá ser mejor para las jóvenes?

Tengo una fe absoluta en las nuevas generaciones. Aun a riesgo de enfrentarme a los viejos cascarrabias que no creen en los jóvenes, yo, que visito muchas escuelas, los veo más conscientes y decididos que nosotros. En muchas parejas treintañeras veo cómo sus relaciones sanas harán de ellos unos mejores padres. Los jóvenes saben usar muy bien la tecnología que, si se emplea correctamente, puede proporcionar mayor conocimiento y concienciación.

En los últimos años, ha aumentado la conciencia sobre los derechos de las mujeres y la violencia de género, pero los feminicidios no han cesado. ¿Qué estamos haciendo mal?

Todavía no hemos comprendido que debemos centrarnos en la educación, desde la escuela, desde los primeros años. Lamentablemente, el proyecto de ley aprobado exige que la educación emocional y sexual comience en secundaria y con el permiso de los padres. Huelga decir que las familias inmersas en una dinámica abusiva nunca permitirán que sus hijos e hijas puedan aprender otra cosa y se liberan del modelo falso y destructivo que viven en casa. La educación emocional no significa enseñar sexo en primaria ni limitarnos a hablar de anatomía y procreación. También a los más pequeños se les debe enseñar el respeto a los demás, los límites del propio cuerpo y el derecho a rechazar un abrazo o una atención no deseada.

Hablamos a menudo de la cultura del respeto, pero ¿cómo podemos traducir este concepto en práctica y enseñárselo a niños y niñas?

Debemos empezar por enseñar a nuestros hijos el respeto por sí mismos. Esto es importantísimo hoy en día cuando los jóvenes se educan con contenido extremo accesible online, como la pornografía, a una

edad en la que no están preparados para recibir esa información de esa forma. El sexo que encuentran en internet no es la realidad, sino una farsa en detrimento de las mujeres, que aparecen como víctimas de abuso o violencia como algo normal. No podemos dejar a los jóvenes solos en sus habitaciones a merced de la inmensidad de la red. Si la familia no los protege, la escuela debe intervenir.

Educación sexual

¿De qué forma?

Acostumbrando a niños y jóvenes en el colegio a hablar sobre las relaciones con el otro sexo. Así, aprenderían desde pequeños que las mujeres tienen que ser respetadas. Debemos reconocer que el feminicidio es un problema cultural y debe abordarse a nivel nacional. No hay “monstruos” que surjan de la nada; todo depende de la educación recibida.

Las mujeres, como muestra su película ‘Siempre nos quedará mañana’, poseen una fuerza que se manifiesta a diario, pero que no aparece en los titulares. ¿Qué significa para usted la valentía femenina hoy?

Es ese heroísmo cotidiano y silencioso que siempre ha pertenecido a las mujeres y que, desde su nacimiento, se expresa a través de millones de pequeños gestos que no pocas veces se dan por sentados. Y es una valentía no reconocida que nace de la determinación de quienes, con pocas herramientas, han contribuido a construir su país. Mi película está dedicada a estas mujeres heroicas, silenciosas y desconocidas. Hoy se habla de empoderamiento femenino como si fuera una moda. ¿Qué necesitarían las mujeres para ser las dueñas de su destino?

Una cultura distinta, la formación que recibimos, porque todos estamos condicionados por la sociedad. Hay un libro

GLORIA SATTA

La actriz y guionista

Paola Cortellesi ofrece su peculiar visión de la sociedad italiana tras la Segunda Guerra Mundial y la figura de la mujer en ‘Siempre nos quedará mañana’

de 1973, que es mi “Biblia”: *Del lado de las chicas*, de la escritora y educadora **Elena Gianini Belotti**, la primera que habló sobre el machismo en la educación y el condicionamiento social que conforma la existencia de las mujeres. Lo descubrí tarde, a los 40, pero si lo hubiera leído antes, mi vida podría haber sido diferente... Podría ser un excelente libro de texto escolar.

¿Para enseñarles el qué?

Que es la propia sociedad la que empuja a las mujeres a contentarse con modelos establecidos para complacer las expectativas del mundo. Estos condicionamientos están tan arraigados que se infiltran incluso en las familias más progresistas, y yo también debo arrepentirme de haber caído en ellos de vez en cuando. Debemos rebelarnos contra las imposiciones sociales y reclamar los derechos que se derivan del mérito.

La pobreza, el aislamiento y la dependencia económica siguen siendo palancas del control masculino. ¿Qué medidas urgentes podrían tomarse para romper estas cadenas invisibles?

Colaboro con la Fundación italiana Una Nessuna Centomila contra la violencia hacia las mujeres que vigila desde cerca las condiciones de las mujeres para poner de manifiesto que la dependencia económica a los hombres es la principal razón por la que las víctimas de violencia no denuncian a sus agresores. Sin recursos, ¿dónde puede



refugiarse una mujer abusada por una pareja que la denigra y la aísla del resto del mundo? El primer paso para romper estas cadenas invisibles es la conciencia de que la independencia económica es esencial para la autodeterminación femenina: es un concepto que hay que enseñar a las jóvenes. Deberíamos ayudar a las madres en dificultad porque una de cada dos deja su trabajo después de tener un segundo hijo.

Hablando de igualdad económica. La brecha salarial de género sigue siendo un obstáculo. ¿Cuál es la primera batalla que hay que ganar para garantizar la igualdad para las mujeres?

En Italia, según la Constitución, todos deberíamos ser iguales, incluso en materia salarial y existe una ley de transparencia que debería castigar la discriminación en materia de remuneración. Sin embargo, el desequilibrio económico persiste, al igual que la práctica de obligar a las mujeres a firmar renuncias en blanco en caso de baja por maternidad. Es un tema que he abordado en dos películas: *Lo siento si existo*, donde interpreto a una arquitecta de gran talento obligada a hacerse pasar por hombre para encontrar trabajo, y *Los últimos serán los últimos* donde pierdo mi trabajo tras el embarazo.

En el set, por el mismo papel, ¿alguna vez le han pagado menos que a un colega masculino?

Por supuesto, y durante muchos años. Una vez, incluso me pasó siendo yo la protagonista. Ahora, gracias al éxito, ya no me vuelve a pasar, pero muchas actrices siguen cobrando menos que los hombres.

Vicio cultural

De cara al próximo año y al futuro, ¿cuál es un objetivo crucial que debería alcanzarse pronto?

Hay que empezar sin duda por un vicio cultural. En Italia, desde 1948, año de la entrada en vigor de la Constitución, todos hemos de ser iguales, también en el ámbito laboral, pero en situaciones donde existe discreción, las mujeres siempre están en desventaja. Se necesita una supervisión más estricta del cumplimiento de la ley. Pero el cambio de rumbo, que es esencialmente cultural, aún llevará tiempo, incluso generaciones. La mentalidad colectiva está



Fotogramas de la película 'Siempre nos quedará mañana', dirigida y protagonizada por Paola Cortellesi

muy difusa y se necesitará mucho tiempo para cambiarla. No me cansaré de decir que todo debe empezar por la educación. **'Siempre nos quedará mañana' se ambienta en Italia en 1946, pero ha tenido tanto éxito en todo el mundo también porque habla del presente, ¿su mensaje sigue siendo válido?**

La fuerza de la comunidad puede cambiar las cosas. La opinión de una mujer, de una ciudadana es importante, pero si se queda en algo individual, carece de poder. Mi personaje se salva de un triste destino y, junto con todas las demás mujeres, obtiene el derecho al voto, lo que crea la fuerza colectiva. 1946 fue un momento crucial en la historia italiana porque antes de esa fecha las mujeres no podían votar.

Hablar de derechos de las mujeres todavía puede generar hostilidad o burla, ¿qué le responde a quienes afirman que "ya lo tienen todo"?

Respondo muchas veces con humor que, en mis películas, es un componente esencial porque tiene el poder de llegar a

todos. Uno puede reírse incluso de la fealdad, pero provocar una reflexión al mismo tiempo. Sin intentar edulcorarlo, pero sin dejar de denunciar la injusticia, la ironía sigue siendo un vehículo, un excelente canal de comunicación que puede guiar a las personas de una manera más "suave" a la hora de abordar temas profundos e incluso dolorosos.

¿Puede el cine ser una herramienta para el cambio social? Y como artista, ¿siente la responsabilidad de contribuir a una transformación cultural en los derechos humanos?

Con mi película no tenía intención de cambiar el destino del mundo. Quería tan solo tratar el tema de la violencia contra las mujeres con la intención de que se hablase de ello. Nuestro deber como artistas es crear otra mirada sobre las cosas, sembrar dudas para contribuir a crear un pensamiento crítico y mostrar distintos puntos de vista para estimular el debate. **¿Y ha pasado en el caso de su película?**

Siempre nos quedará mañana ha hecho que muchas personas hablen de los temas que toca y ha propiciado el debate en muchos lugares del mundo. Es señal de que el problema de la violencia es universal. Muchos colegios en Italia han comenzado distintos proyectos vinculados con la película. Si se implica a los jóvenes, se puede escuchar su voz. Más allá de la taquilla o los premios, ese ha sido mi mayor éxito.



Paola Cortellesi

Siempre nos quedará mañana está ambientada en la Roma de posguerra, aborda temas como la violencia doméstica y la emancipación de la mujer, pero con un lenguaje original que mezcla el drama, la comedia y el musical. Cortellesi interpreta a una humilde ama de casa esclavizada y maltratada por su violento marido que logra ir a votar en el referéndum de 1946.

Medicinas para la paz

Giulia Folci es una comadrona italiana que auxilia a las madres de Afganistán

LIDIA GINESTRA GIUFFRIDA

La paz se construye paso a paso y en Afganistán esta verdad se concreta en las manos de quienes deciden ayudar, cuidar y quedarse para curar. Eso es lo que hace Giulia Folci, de 32 años, comadrona italiana de Como que desde abril de 2025 trabaja para la Asociación Emergency en el Centro gratuito de Maternidad de Anabah, en Panjshir, y en las clínicas de Lashkar-gah, en el sur del país. Su presencia aquí no es solo un trabajo, es un gesto diario de construcción de la paz porque una sutura o un vendaje, acompañados de una sonrisa o una palabra amable, devuelven la dignidad a las mujeres que se enfrentan a restricciones, violencia y pobreza. La maternidad de Anabah es un microcosmos casi íntegramente femenino. Un lugar donde se intenta devolver un poco de serenidad con pequeños gestos concretos. “Contamos con un equipo nacional de obstetras de unas setenta personas, con edades comprendidas entre los 23 y los 55 años. Las ginecólogas son todas mujeres. Incluso contamos con personal informático femenino para la recopilación de datos, algo excepcional en este contexto”, cuenta **Giulia**.

En solo seis meses, Giulia ha visto cómo los derechos de sus compañeras afganas se reducían cada vez más. “Aquí, en Panjshir, una zona tradicionalmente ‘rebelde’ a los talibanes, las restricciones son cada vez más severas. Cuando llegué en abril, las pacientes dejaban el burka a la entrada del hospital. Ahora suelen entrar con él puesto”, cuenta. Muchas de sus compañeras viven en Kabul, a dos horas y media en coche, y se desplazan cada día en los autobuses del personal de Emergency. “Al principio viajaban sin burka, solo con el velo. Tras una serie de controles por parte de las autoridades, se les obligó a llevarlo durante todo el trayecto. Muchas ni siquiera tenían uno en casa. Primero se suspendieron las clases, luego se bloquearon las especializaciones en ginecología... Se les ha ido quitando un derecho tras otro”. Sin embargo, las mujeres siguen acudiendo al hospital, desafiando los controles, las carreteras en mal estado y las

horas de viaje. “Para ellas no es solo una cuestión de salario, aunque para muchas es la única fuente de ingresos en familias con maridos desempleados. Para ellas, ir a trabajar significa llevar dignidad a casa. En Occidente nos compadecemos de ellas con la palabra ‘pobrecitas’. Esto no hace más que restarles valor. Mis compañeras, que se enfrentan a dos horas y media de viaje para ir a trabajar, son mujeres fuertes, con una dignidad enorme”.

Acoso doméstico

En Afganistán ya no hay un conflicto armado activo, pero la pobreza, las armas y la delincuencia producen un flujo constante de heridos. “La violencia aquí –explica Giulia– es una realidad permanente”. Y luego está la violencia silenciosa, la doméstica, que mina la paz de las familias. Una noche, en un hospital sin equipamiento para partos, llamaron a Giulia para que atendiera a una mujer embarazada con traumatismo craneal. “La familia decía que se le había caído una pared encima, pero las heridas indicaban otra cosa: la habían golpeado. Estaba semiconsciente y durante la noche se puso de parto”. Al no poder trasladarla, el equipo quirúrgico,

con la ayuda de Giulia y el anestesista, la ayudó a dar a luz allí mismo. “Dio a luz a una niña sana. La madre permaneció inconsciente durante un día y medio. El personal de enfermería y las mujeres de la limpieza se hicieron cargo de la recién nacida. Este es un ejemplo de cómo la paz puede manifestarse incluso en los gestos más pequeños. La violencia aquí es generalizada: muchas mujeres llegan con moratones y cuentan que les han pegado sus maridos o suegras. Lo más angustiante es que a veces se pegan entre ellas para sobrevivir”.

Muchas pacientes parecen haber perdido la conciencia de sí mismas, “no saben responder si les preguntas cómo están o si sienten dolor”. “No están acostumbradas a tener una identidad. Te miran como diciendo: ‘¿Por qué me preguntas a mí? Yo no cuento para nada’. Intentas acariciarlas durante una visita y se apartan, como si cualquier contacto humano fuera violento. Eso es lo más duro”, cuenta Giulia. El significado del trabajo de esta joven y valiente profesional se manifiesta en los gestos más pequeños y, al mismo tiempo, más valiosos, y refleja la misión de Emergency, la asociación italiana independiente



y neutral, fundada en 1994 para ofrecer atención médica y quirúrgica gratuita y de alta calidad a las víctimas de las guerras, las minas antipersona y la pobreza. Hasta ahora han atendido a más de 13 millones de personas en los nueve países en los que opera, de las cuales 8.583.717 se encuentran en Afganistán, donde el acceso a la atención sanitaria sigue siendo difícil. Quienes viven en las zonas rurales, la mayoría de la población, no pueden llegar a las zonas urbanas y a menudo se ven obligados a endeudarse para pagar los servicios sanitarios.

Red de auxilio

Por eso, en 2024, Emergency ha reforzado la red de puntos de primeros auxilios, garantizando incluso en las aldeas más remotas el derecho a recibir atención médica gratuita y de calidad. Sin embargo, en el terreno permanece el legado de las guerras anteriores: las minas antipersona y los artefactos explosivos sin detonar siguen mutilando a niños y adultos, sobre todo civiles. En más de 40 años de conflictos, Afganistán ha registrado un millón y medio de muertos, cientos de miles de heridos y mutilados, y más de cuatro millones de refugiados. "Hoy en día, Afganistán es un país olvidado, por eso, no lo abandonamos", reitera Emergency. En este contexto, el trabajo de Giulia adquiere un profundo significado: "No podemos cambiarlo todo, pero podemos marcar la diferencia cada día, gesto a gesto".



Centro de Maternidad Anabah

Annalisa Senese: la cárcel no puede olvidarse de los niños

CARMEN VOGANI

Annalisa Senese, abogada penalista napolitana, ha dedicado su trabajo a la protección de los derechos humanos en las cárceles. Su trabajo dio origen a "Figli cancellati" (Hijos borrados, Giannini Editore, 2025), que narra las historias de los niños que sufren el encarcelamiento de sus padres. No se trata de una recopilación de sucesos dolorosos, sino de un intento de generar esperanza en un contexto de extrema fragilidad.

¿Recuerda el momento en el que ha decidido ocuparse de estos niños?

Tras el nacimiento de mi hija comencé a prestar más atención a los niños que acudían a mi despacho con sus madres. Creé un espacio para ellos con lápices de colores y juguetes. Un día, llegó una mujer con cuatro hijos y organizó una pequeña merienda en la sala de espera. En ese contraste con la vida serena de mi hija, entendí que algunos niños parecen predestinados a una vida difícil y debemos protegerlos.

¿Cómo?

Con empatía, sin hacerles adultos antes de tiempo y sin esperar a que se ajusten a nuestras estrictas reglas. Recuerdo a una niña que antes de conocer a su padre fue sometida a un control de seguridad y obligada a escupir su chicle. Se negó y reaccionó con enfado. Estaba defendiendo su propia infancia. Si los tratamos como adultos culpables, los empujamos hacia un mal camino.

Falta de civismo

¿El sistema educativo está preparado?

Todavía no. Se espera que se reconozca que estos menores tienen necesidades educativas específicas y que cuenten con profesionales formados para apoyarlos. En Italia, lamentablemente, vemos señales que contradicen el civismo al que deberíamos aspirar. Por ejemplo, en abril se derogó la ley que retrasaba el internamiento obligatorio de mujeres embarazadas y madres de niños de hasta un año. Ahora todo queda a discreción del juez. Esto es un retroceso.

¿Qué se puede hacer concretamente?

Encontrar la voluntad y los recursos económicos para crear espacios acoge-



dores y formar al personal penitenciario, de modo que el encuentro no sea un simple trámite, sino un momento humano. Con el Artículo 41-bis, el duro sistema penitenciario italiano, todo es más difícil ya que a partir de los 12 años solo pueden hablar con sus padres a través de un cristal. En el libro, cuento la historia de un niño que, unos meses antes de cumplir 12 años, no entendía por qué su padre se lo comía a besos durante uno de los últimos encuentros. Nunca se había mostrado tan cariñoso.

¿Cuándo se dio cuenta este niño?

Recordó aquella frase de su padre: "¡Ahora eres el hombre de la casa!". A los 19 años, él mismo acabó cumpliendo cadena perpetua. Una vez me dijo: "No me ha dado tiempo siquiera de enamorarme". Esa frase me dejó de una pieza. Sin duda, debemos empezar por proteger la infancia.

Más allá de la maternidad

EMILIA PALLADINO

Reflexión sobre una vivencia de fe, cuerpo y conflicto

En el proceso de ser madre por primera vez, la ambivalencia es la compañera de viaje más presente y a veces la más engorrosa y menos legitimada culturalmente. Creo que es compañera para muchas madres, pero para mí –atrapada en el perfeccionismo católico– encontrármela y reconocerla fue un verdadero *shock*, al igual que el doloroso proceso de aceptar que nunca me había abandonado en los últimos 15 años. No podría decirlo de otra manera. Convencida de que el deseo de ser madre bastaría para controlar mi transición de mujer a mujer-madre, y que sería fácil y “perfecta”, me sentí destrozada al experimentar sentimientos opuestos, pero igualmente auténticos –sobre todo, rechazo– tanto hacia mí misma como hacia la niña que crecía en mi interior. Parafraseando al Papa **Francisco** en la *Evangelii Gaudium* donde aseguraba que “la realidad es más importante que las ideas”, para mí, al contrario, ¡la idea fue muy superior a la realidad! Y así me lo habían enseñado en cuanto a la maternidad, de mil maneras, a través de símbolos, prácticas, actitudes, socialización y educación. O que la idea de que ser madre realizaba la propia condición de mujer. Solo una madre es “una verdadera mujer”, una mujer que no es madre no es suficientemente “mujer”.

La maternidad termina siendo un destino, un camino necesario, la realización del don perfecto que debe ser acogido con gran gratitud y alegría, porque es exclusivo y debe vivirse de una manera que obedezca los estándares definidos por quienes no lo poseen, es decir, los hombres... ¿qué poder es el que puede construir un ser vivo dentro del propio cuerpo? Se asume que las mujeres nunca renunciarían a ser madres; tanto es así que los impedimentos biológicos reales (también los masculinos) se viven mal. Y, por eso, no nos quejamos ni escandalizamos si las mujeres recurren a la FIV para ser madres biológicas cuando existe un clima cultural, social y religioso que dicta que todo lo demás no tiene el mismo valor. En la práctica, generamos insatisfacción y condenamos cómo esta consigue resolverse. Pensándolo fríamente, es una auténtica locura.

Hay que considerar el nacimiento y el crecimiento del movimiento *childfree*, compuesto por mujeres y hombres que deciden conscientemente no ser madres

y padres por el resto de sus vidas. A menudo se etiqueta como egocentrismo por ciertas interpretaciones católicas, pero las preguntas más profundas –sobre lo que piensan, sienten y experimentan las mujeres que eligen no ser madres– no se plantean, presumiendo que son locuras de una era posmoderna, estiradas como una manta demasiado corta, tanto filosófica como sociológicamente, por interpretaciones irresponsables y críticas en las redes sociales, sin imaginar que tal vez podría haber más.

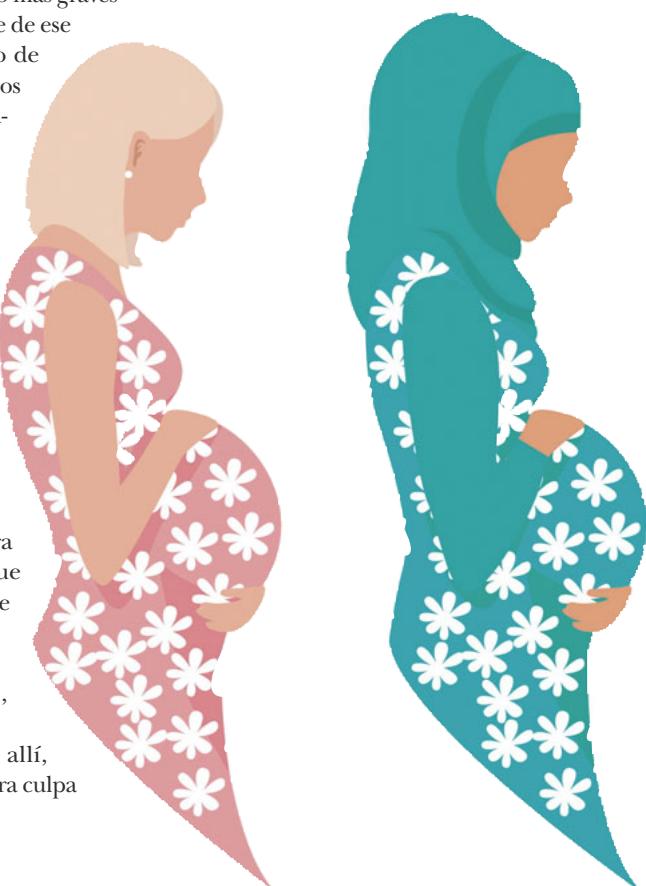
Deseada

En este punto, cierta forma de entender la fe sigue repartiendo destinos entre las personas sin llegar a conocerlas, como lo exige sin embargo el encuentro con el Evangelio. La maternidad debe ser deseada, y cuando sucede en sus cuerpos, las madres deben sentirse felices, agradecidas, pues han recibido el don de los dones... cualquier acontecimiento es soportable, cualquier incomodidad, cualquier miedo; estas y otras dolencias mucho más graves deben soportarse en nombre de ese don recibido, con el riesgo de allanar el camino a verdaderos delirios maternales de omnipotencia, extremadamente peligrosos para las mujeres y sus hijos e hijas. Pero ¿desde cuándo una emoción como la alegría se puede reducir a un deber? ¿Y si, incluso en el caso de una mujer profundamente religiosa, no fuera así? ¿No había ninguna felicidad desbordante, ninguna tranquilidad, ninguna fuerza interior sobre humana que le dijera que es algo maravilloso, que es el don de los dones, que debía estar agradecida por ella y por todas las mujeres que no pudieron hacerlo, aunque lo deseaban?

Yo, embarazada, estaba allí, atrapada entre la abrumadora culpa

de no ser tan feliz como debería haber sido y como todos esperaban, y, por otro lado, el intento de expresar una alegría real pero muy tímida, nada exuberante, nada valiente, quizás solo visceral, que no podía expresar ni experimentar, caminando desequilibrada sobre la cuerda floja, oscilando entre sentimientos ambivalentes que me hacían sentir como una extraña en mi propia casa. A los miembros de mi parroquia, a mi grupo de oración y a la comunidad eclesial en general, no les mostré suficiente gratitud ni suficiente felicidad por este regalo inesperado (*inesperado?*) y quizás me percibieron, o quizás me percibí a mí misma, como una mujer “extraña”, no del todo apta para recibirlo porque parecía como si no lo deseara, como si no fuera consciente de la inmensidad que había recibido. Esa comunidad no hizo nada para ayudarme a saber que estaba viva, confusa y atormentada, como cuando dicen “el tiempo es cambiante” y pasas del sol a las nubes varias veces en el mismo día; aunque eso podría ser la primavera.

Algunas mujeres que habían sido madres tenían una mirada casi inquisitiva: después de todo, yo tenía cuarenta años, debería haber saltado de alegría, espe-



ranza y gratitud. Las cosas podrían haberme ido mal. Si se quisiera sacar una conclusión de esta experiencia, creo que podría cuantificarse en el alcance de la violencia implícita que sufren las mujeres cuando reciben sugerencias, consejos, instrucciones, advertencias y amenazas de embarazos difíciles, de hijos enfermos, de constantes alusiones a “dar gracias a Dios” porque tantas lo han intentado, pero... ¡y piensa en tu edad! Contrariamente al mito de que las madres se convierten en madres cuando una prueba de embarazo da positivo y los padres se convierten en padres cuando ven a sus recién nacidos con sus propios ojos, no tenía un sentido instintivo de la maternidad, ni siquiera cuando sentí un escalofrío en mi interior ante la presencia de **Caterina** mientras crecía. No era una leona en la sabana, ni una osa con sus cachorros, ni siquiera una gallina incubando. No me sentía orgullosa, ni protectora, ni devota. Simplemente me sentía como un recipiente.

En 2022, cuando Caterina tenía casi 12 años, leí un libro decididamente perturbador, pero crucial para mí “no soy tan feliz ni tan agradecida como debería”. Decía: “Puede pasar y no eres menos mujer ni menos digna que las mujeres para quienes el conflicto interno de una profunda ambivalencia es menos punzante”. Escrito por **Orna Donath**, socióloga israelí, el libro se titula *“Arrepentirse de ser madres*.

Historias de mujeres que querían volver atrás. Sociología de un tabú” (Bollati Boringhieri). Es un estudio de campo cualitativo, con entrevistas e historias de vida, de mujeres israelíes de todas las edades (desde madres primerizas hasta abuelas). Comparten un arrepentimiento por su maternidad, un sentimiento que las lleva a afirmar con firmeza que, si pudieran volver atrás, nunca habrían tenido los hijos e hijas que ahora crían. Cabe señalar que la sociedad israelí es conservadora y que el promedio de hijos por mujer es ligeramente superior a tres, por lo que la maternidad está socialmente muy bien estructurada y reconocida. El texto dice: “El arrepentimiento solo es concebible a la luz de un resultado final (la ausencia de hijos o la existencia de un hijo problemático), pero no como una experiencia emocional de una madre que tiene derecho a experimentar emociones de forma autónoma. Por un lado, no se considera que el arrepentimiento exista ni se conciba, ya que es el resultado de una experiencia individual de maternidad en sí misma; por otro lado, si no se niega rotundamente, esta forma de arrepentimiento se considera ilegítima y deplorable; de hecho, se mira con incredulidad”.

Al leer sobre todo este dolor, me pregunté: ¿Tienen todas las mujeres que viven una experiencia difícil y atormentada de embarazo y maternidad, y aquellas que nunca quisieron ser madres, derecho a

hablar y ser reconocidas ante Dios? ¿Merecen ser cuidadas, recuperadas, sanadas, o puede la complejidad que conllevan incluirse entre las posibles experiencias de ser madres? ¿Es posible escuchar relatos tan ambivalentes, por no decir perturbadores, de la comunidad eclesial sin señalar, excluir ni juzgar? ¿Puede una mujer que vive su embarazo de una manera que no se espera ni se considera correcta, ser una madre amorosa con su hijo o hija?

La carga del cuerpo

Y aquí llego a una última pregunta: la carga del cuerpo y el parto. Creo poder afirmar con seguridad que, si hay un error que el catolicismo ha cometido y sigue cometiendo en su interpretación de la maternidad, es separarla de la fisiología del cuerpo femenino. La maternidad no baja del cielo. La maternidad entra en el ciclo hormonal de la mujer, lo interrumpe, reemplaza las hormonas comunes con las hormonas del embarazo, no sin consecuencias, y cambia las características físicas de su cuerpo, internas y externas, y los rasgos de su rostro. No siempre es solo la barriga la que crece o las náuseas que aparecen hasta el tercer mes; a menudo ocurren otras cosas como problemas circulatorios, diabetes gestacional, gastritis, aumento excesivo de peso, lumbago, náuseas, anemia severa, salivación excesiva, etc. Y también sucede que algunos de estos cambios no se resuelven con el parto, sino que permanecen. Al igual que todas las contribuciones de las células madre que el feto hace al cuerpo de la madre, sanándolo y regenerándolo, permanecen. Es un intercambio, pero no igualitario: el cuerpo de la mujer se convierte en cuna, alimento y soporte del nuevo ser humano.

El parto es igual. La maternidad biológica comienza con un profundo evento de separación, ruptura, fatiga, sangre, orina y heces. Y el miedo a la muerte.

Todas las madres que han dado a luz pasan por esto: todas. Incluso aquellas que, como yo, se sometieron a una cesárea de emergencia; de lo contrario, la hija habría muerto, y la madre también. Estas narrativas deben integrarse en la comunidad eclesial, el simbolismo del parto, la comprensión de las mujeres desde dentro –quiénes son– y desde fuera –por cómo son vistas–.

El parto no es ese momento de tanto dolor y esfuerzo, por la posterior felicidad por el fruto de ese dolor y esfuerzo. Esto es un cuento de ha-





Uno por uno, para aprender la igualdad

La escuela Penny Wirton enseña italiano a los extranjeros

ELISA CALESSI

→ das. Las mujeres lloran de miedo al dar a luz, tiemblan tanto que ni siquiera pueden firmar el consentimiento informado para una cesárea, gritan de dolor al límite de lo soportable. Antes morían y hoy sigue ocurriendo. Claro que sostienen a su bebé en brazos y lloran de felicidad; pero la realidad de la vida dicta que esta felicidad pronto pasa y oscila entre dos polos, como toda realidad viva. Hijos e hijas deben ser criados y cuidados, y hay luchas y fatigas muy diferentes, dolores y alegrías que afrontar, empezando por las noches de insomnio. Usar el parto como símbolo de un antes y un después, de un momento difícil y maravilloso, es pueril y falso. Este aspecto debería integrarse en la narrativa católica de la maternidad y su simbolismo asociado. El dicho de que “todo se soporta por los hijos” es pura fantasía: si uno no está entrenado y practicado para lidiar, conocer, sentir y tolerar incluso emociones y pensamientos muy desagradables y peligrosos, no puede tolerar nada en absoluto y puede hacerse daño a sí mismo y a los hijos.

La idealización de la maternidad biológica agota a las mujeres y madres reales, relegándolas a un lugar mágico y bucólico donde tener hijos e hijas es maravilloso. Este lugar no existe en la realidad. Es un lugar donde se encuentran prácticamente solas, inmersas en una narrativa omnipotente y falsa, donde no pueden encontrar una validación auténtica para su experiencia, socavando así la compañía de Dios con ellas. Esto contradice los relatos evangélicos, las experiencias concretas de fe y la necesidad esencial de una ayuda acogedora y misericordiosa. La maternidad tiene una verdad práctica ineludible, que precede a cualquier especulación intelectual sobre ella. Y, por ello, lanzo una petición: permitamos que las mujeres y las madres sean quienes son y no se desplacen al reino de la omnipotencia. Allí solo pueden enfermarse y enfermar a los demás.

Nuevo método

Llegamos a la escuela, ubicada en las instalaciones de la iglesia de San Leonardo Murialdo en el barrio Ostiense –una mezcla de pasado industrial y presente cultural– dirigida por los sacerdotes de la Congregación de San Giuseppe. Nos recibe **Anna Luce**, de cabello negro y una sonrisa que hace honor a su nombre, y nos habla sobre los comienzos. “Eraldo tenía muchos estudiantes afganos y albaneses que no sabían ni una palabra de italiano. Me pidió que les preparara ejercicios. Al hacerlo, me di cuenta de que no se trataba

solo de inventar nuevos ejercicios, sino de idear un nuevo método”. Una escuela que funcionara para una amplia variedad de estudiantes: menores y adultos, hombres y mujeres, árabes y latinos, graduados y analfabetos, refugiados y huérfanos, unos que leen de derecha a izquierda, otros de izquierda a derecha. Para resolverlo, Anna Luce se dio cuenta de que todo tenía que cambiarse. Y eso fue lo que hicieron: “Nuestro método se basa en un principio: un profesor por cada alumno. La proporción debe ser de uno a uno”. Entramos en una de las salas donde han comenzado las clases. Cada pupitre tiene una persona sentada frente a la otra: un profesor (un voluntario) y un alumno. Anna Luce nos guía entre los estudiantes: “No se trata solo de una decisión docente; significa considerar a cada individuo, según lo que sabe, lo que comprende y su situación actual. El currículo depende del estudiante”.

En una escuela tradicional, sería imposible, pero en Penny Wirton, gracias a los



numerosos voluntarios, es una realidad que marca la diferencia. Quienes vienen aquí quieren aprender, porque el idioma es clave para conseguir un trabajo, el carnet de conducir y el reconocimiento académico. La relación personalizada ayuda a muchos estudiantes analfabetos incluso en su lengua materna. "Puedes encontrar a un graduado o a un analfabeto, uno que habla árabe, otro que habla una lengua romance. ¿Cómo se da clase a un grupo así?". Indios, afganos, norteafricanos, chinos, ucranianos y rusos componen el alumnado. Una diversidad que ha requerido de nuevas herramientas. "Hemos creado libros específicamente para esto". Anna Luce nos enseña un manual teórico y otro de ejercicios repletos de ilustraciones y gráficos. "No tienen que pagar nada. Les damos el libro y asignamos a cada alumno un profesor, preferiblemente el mismo siempre. Cada alumno tiene una tarjeta que indica el día de la clase, quién le dio la clase y qué hizo".

La escuela ofrece dos clases de dos horas a la semana, de 15:00 a 17:00, con un recreo a las 16:00 durante el cual Anna Luce reparte bocadillos o dulces, un detalle sencillo pero obligatorio según las normas de cada sede de Penny Wirton. El profesorado es voluntario. Hay estudiantes de secundaria, universitarios, profesores, pero también médicos, oficinistas y

periodistas ya jubilados. Recorremos las aulas: es un mosaico de idiomas, edades, nacionalidades e historias. Anna Luce nos explica: "Nos encanta la diversidad porque el mundo es diverso. No tiene sentido dividirnos. Aquí hay musulmanes, cristianos, hindúes. Todos somos iguales y diferentes, pero todos valemos igual".

El profesor puede ser incluso más joven que el alumno. **Sofía**, de 19 años, en su último año de secundaria, da clases a **Amour**, de 39, de Marruecos. **Claudio** de 50 enseña a **Ali**, un egipcio de 26 años que sueña con ser intérprete. Conocemos a **Andrej**, de 21 años, de Lviv, que tendrá que presentarse a un examen de italiano para que le reconozcan sus estudios universitarios de dos años en Ucrania. Luego está



Sohag, de 25 años, nacida en Bangladesh, con dos voluntarias: **Silvia**, experiodista, y **Vilma**, exfuncionaria pública. Y **Asanga**, de Sri Lanka, con **Livia**, de 30 años, que lleva dos años en Penny Wirton. "Este año pensé: 'No puedo venir dos veces, es demasiado'. Al final lo hice porque es maravilloso venir aquí. No es solo una lección. Detrás de cada persona hay un universo". Entre las aulas, nos encontramos con **Pietro Visconti**, exdirector de *La Libertà*, un periódico de Piacenza, uno de los más antiguos de Italia, y dos estudiantes universitarias en prácticas, **Maria Vittoria**, de 23 años, y **Laura**, de 25. Algunos traen amigos o familiares, como **Biba Hawa**, de 23 años, de Afganistán, que lleva cuatro meses en Italia. Hoy vino con su hermana, tres años menor. Anna Luce destaca su método: "Cuando miras a la cara a la persona a la que enseñas, entiendes qué está bien, qué está mal, dónde necesitas cambiar". También hay menores: **Adams**, de 13 años, y **Pavan**, de 14, ambos de la India. Y **Aurora**, de 18 años, la más joven de las voluntarias, que estudia danza todos los días, cursa el último año de secundaria y viene dos veces por semana.

Abrazar la diversidad

Anna Luce nos muestra los libros que usan los voluntarios. "Observando y estudiando comportamientos y dificultades, inventamos un método. Somos una escuela diseñada específicamente para cualquier ritmo. Se puede venir un día o dos años, cada semana o solo una vez. Nadie juzga. Registramos la asistencia, no las ausencias. Les damos total libertad. Si quieren venir, aquí estamos. Lo importante es la calidad de la relación". Se puede ver en los rostros de profesores y alumnos. Caras felices. **Daria**, cardióloga, da clase a dos niños chinos, de 12 y 15 años. "Es otra forma de cuidar de la gente", dice. La hermana **Renata**, misionera en Brasil y México, está allí ayudando a **Manmohan**, un indio.

Al salir de clase, nos encontramos con **Nadia**, una colega de Anna Luce. Le preguntamos cuál es el secreto de esta escuela. "El hecho de que se les trate como personas. La relación individualizada permite esta atención. No eres uno entre muchos, eres tú y se te cuida como individuo. Si lees de derecha a izquierda, no puedes estar con quienes leen de izquierda a derecha. Abrazamos la diversidad. Y los miramos a los ojos". Dejando la escuela Penny Wirton la certeza es que la igualdad se pone en práctica así: poniéndose a la altura de la mirada del otro.





Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



Universidad patrocinadora de este suplemento